

La Oficina

Por MANUEL FERRER VALDES

La señorita Lucía Vernon, secretaria principal de la Union Pacific Corporation, era un alambre que transmitía la corriente alterna de palabras y números desde su jefe a la máquina de escribir. Los largos años de profesión y la dulce fealdad de su rostro, la habían rodeado de un aura de automatismo, que nadie osaba romper. La oficina de su jefe, Mr. Stagg, se encontraba en la parte superior del edificio, aislada por una corta escalera del piso donde los subalternos formaban colmena. La señorita Vernon apenas conocía de cara al resto de los empleados de la Compañía; su labor era tan de tropel y minucias, que sólo por dos veces en su vida habló con el Sr. Rodríguez, quien desempeñaba el puesto de Segundo Jefe, en la planta baja.

Lucía tenía gusto por su trabajo. En las primeras horas del día cazaba con destreza las palabras del Jefe sin dejarlas siquiera volar, luego engordaba los archivos con lo que fuera grano de provecho, dejando para lo último que los redondos dientecitos de la máquina de escribir royeran las mies.

Mr. Stagg sólo llevaba dos años de Gerente; era de origen sueco y el aire de Europa lo circundaba. Durante mucho tiempo fué el encargado de las sucursales del Mediano Oriente, de donde pasó a Ganna y luego a Panamá. Había en él algo indefinido y secreto que atraía, desde la cara cermeña hasta el pulcro vestido, en donde lo único exótico era la camisa de seda. Era hombre de

poco hablar, mas cuando lo hacía, causaba sorpresa el fervor de sus gestos. Así fué —para sorpresa de Lucía— que lo oyó en cierta ocasión elogiar a Panamá, dando grandes alabanzas a la variedad de pesca que ofrecían sus aguas y a la riqueza de sus bosques, llenos de sorpresas para el cazador; aunque nunca lo oyó hablar de mujeres, tenía para ella —sin saber la razón— que resultaban, también, de su agrado.

La vida de Lucía Vernon era menos monótona, cuando daba con traseñar el pasado de su jefe y lo hacía de noble cuna, con épocas de sufrimiento por el amor o la guerra.

Aquella mañana, sólo se oía en el quieto recinto el runrun del Jefe firmando documentos y el maquinalear de la secretaria, transida por el trabajo. No llegaba hasta ellos, ni asomo del bullicio de abajo, ni rompía la quietud el timbre del teléfono, ya que Mr. Stagg sólo daba la clave a gente de importancia. Era ya la media mañana cuando se produjo la llamada telefónica que llevó a la angustia a la señorita Vernon. Mr. Stagg contestó con breves palabras y luego permaneció silencioso, oyendo a su interlocutor, por un período interminable de minutos. Lucía alzó los ojos con el clic final y vió a su jefe cerúleo, con la muerte en la cara. Lucía siguió escribiendo, como si tal, porque fuera de su carril, no sabía otra cosa que pedir ayuda, y su juicio le decía que no era esa la hora. La costumbre había modelado su espíritu hacia el orden, de manera que cualquier cosa que alterara la sucesión de los hechos, requería un largo umbral para su aclaración. En ello estaba, cuando entró el negro Thomas para limpiar la oficina. Era Thomas un hombre viejo, a quien se perdonaban sus ocasionales borracheras, en mérito a ser el empleado más antiguo. El negro hacía gala de sus derechos socarronamente, contando a los demás que Mr. Harnsby, quien fuera el primer Gerente de la Compañía antes de llegar a ser Director en

las oficinas de New York, le enviaba en ocasiones, un chequecito de regalo, en recuerdo a los felices días pasados en el trópico.

Thomas no faltaba a su trabajo, aunque estuviera borracho, dándole entonces por hablar solo y reirse sin motivo. Era a la vez el más modesto de los empleados y el más seguro de su puesto. Hacía diariamente la limpieza, en las horas de la madrugada, con un carro de aseo provisto de escobas, trapeadores, líquidos para brillo y toda clase de trapos. Era en su oficio un individualista que tiraba al canasto lo sucio e inútil y que retenía lo de valor, sin consultar con nadie. En dos ocasiones devolvió documentos trascendentales que habían ido a dar a la basura, no faltando, sin embargo, quien lo culpaba de la maniobra para darse prestigio.

El negro con la cara achispada y sonriente comenzó a trapear con decisión, en tanto que Lucía se quedaba mano sobre mano.

—¿Qué hace usted, Thomas? ¿No ve que estamos trabajando?

—Sí, Miss Lucy, ya lo vi.

Y siguió la limpieza sin hacer caso.

Lucía miró a Mr. Stagg en busca de ayuda, mas éste permaneció silencioso, con los brazos cruzados, observando fijamente la labor del negro. Su rostro no revelaba ya ninguna alteración, aunque había en su mirada una curiosidad apasionada por lo que acontecía alrededor y cada gesto de Thomás al barrer y frotar las persianas con un trapo, estuviera lleno de un profundo significado. Así permaneció, en silencio, hasta enmudecer a Lucía. El mismo Thomas —que, desde luego, estaba borracho— recogió sus trastos y se fué cortado y sin hablar.

Lucía tenía una secreta manera para resolver todos sus problemas, un íntimo procedimiento, al que se aferraba con fe ciega. Cuando la vida seguía su curso normal,

se sentía llena de una capacidad inagotable para el esfuerzo, mas todo fuera que se alteraran los acontecimientos y que lo de aquí estuviera allá, o que algo insólito se ofreciera a sus ojos, para que naciera la angustia' como un humo que le hacía mojar los ojos y acortar la respiración. La llamada telefónica a su Jefe y su largo silencio, la extraña irrupción del negro a la oficina en plena hora de trabajo y algo indefinido en el ambiente, le daban señales sin respuestas. El procedimiento íntimo de Lucía, en tales circunstancias (favor de guardar el secreto...!) consistía en sumirse profundamente, en su trabajo y dejar que las cosas se ordenaran solas. Así fué que, al poco rato de teclear y trasegar renglones sintió que nada había pasado y que todo volvía a lo de siempre.

De pronto, rompió el silencio la voz de Mr. Stagg.

—Señorita Vernon, haga usted el favor de salir de la oficina.

Lucía se levantó de manera automática, cruzó el salón sin volver los ojos y cerró la puerta tras ella. Lo hizo todo como una máquina puesta en marcha por un botón, sin darse clara cuenta del por qué de sus actos.

En el pasadizo sintió que la sangre le agolpaba la cara. Caminó de un lado al otro sin saber qué hacer; si preguntar a su jefe la causa de su salida, o permanecer afuera en la espera de una aclaración. Sentía en lo profundo que aquello no se arreglaría solo, como otras veces, y que era absurdo permanecer en el pasadizo, sin buscar solución.

Al fin de cuentas, bajó al piso inferior con la idea de pedir consejo al Segundo Jefe. Su indecisión se acrecentó al sentir la gran actividad de la oficina, en la que cada quien trabajaba a toda marcha, sin tiempo ni ganas para otra cosa.

El pupitre del señor Rodríguez se encontraba al fondo, rodeado por una pequeña valla de madera, que sólo daba a su recinto un valor simbólico de aislamiento, ya

que podía observarse al mensajero depositar legajos de manera incesante, con sólo estirar el brazo desde fuera. Lucía demoró lo que pudo su entrevista, con el temor de parecer una necia; después de todo no le quedaba alternativa, porque irse a su casa, ni lo concebía.

El señor Rodríguez era un hombre joven, aunque la calvicie incipiente y los anteojos parecían refrenar su extraordinario vigor. Entró a la Compañía siendo un mozalbete y fué escalando posiciones hasta llegar a Segundo Jefe, puesto al que parecía destinado para toda la vida, sin lograr llegar jamás a la cima; al menos tal era el rumor de los empleados, quienes vieron desfilar a tres Gerentes extranjeros, mientras Rodríguez seguía en su puesto.

Lucía lo vió tan abstraído en su trabajo, que no se atrevió a interrumpirlo. Rodríguez leía de manera vertiginosa los documentos que el mensajero depositaba a la izquierda de su pupitre y después de firmarlos los hacía pasar a un cajón metálico situado a su derecha. No bien terminaba con un legajo de ellos, cuando llegaban más, pareciendo aquéllo la labor de nunca acabar. A todo esto, sus dos teléfonos sonaban a cada instante, sin lograr con ello alejarlo de su labor, pues respondía a las llamadas sin dejar de leer los documentos. A veces sonaban los teléfonos a la par y Rodríguez respondía a uno de manera mecánica.

—Espere un segundo, que tengo otra llamada.

Procedía entonces a contestar el otro teléfono, con voz calmada, como si todo aquello formara parte de una rutina prevista y placentera.

Lucía permaneció de pie, fuera del recinto, porque sentía muy en sus adentros, que aquella precisa máquina de trabajo no daba para más y cualquiera nueva labor era capaz de romperle la correa. Entró de manera tímida, a sentarse en una silla, en espera de atención. Rodríguez continuó su labor, sin darse cuenta de su pre-

sencia, mas a los pocos minutos debió sentir que algo imprevisto se añadía a su tarea, porque miró a Lucía de manera fugaz y volvió luego a su trabajo con redoblada energía. Lucía tuvo el presentimiento de que Rodríguez usaba también su secreta manera para afrontar las situaciones anormales, lo que le produjo desaliento, porque consideraba aquéllo como una prenda íntima de mujer a la que no debían llegar los hombres.

El Segundo Jefe de la Union Pacific Corporation siguió despachando documentos durante un buen rato, en espera quién sabe de qué, hasta que no pudo más y preguntó sin alzar los ojos.

—¿En qué puedo ayudarla, señorita Vernon?

Su voz era igual a la que usaba al contestar los teléfonos, dando la idea de que había aprovechado su largo silencio para asimilar la nueva situación, a la rutina de su trabajo. Algo similar sucedió a Lucía, para su sorpresa, pues empezó a hablar con reposo, como si se tratara de un problema de todos los días.

Mr. Stagg me ordenó salir de la oficina y no sé qué hacer ahora.

El señor Rodríguez demoró algo más de lo acostumbrado entre firma y firma, y luego preguntó con calma.

—¿Eso es todo?

—No, no es todo —dijo Lucía, ya con la voz delgada. —Algo terrible le pasa a Mr. Stagg. Recibió una llamada telefónica que lo dejó pálido, como si se fuera a morir. Después me ordenó salir, sin ningún motivo.

El señor Rodríguez dejó la pluma sobre el escritorio y se enfrentó a Lucía.

—¿Qué quiere usted que yo haga?

—No sé, tal vez pudiera subir un momento, para ver lo que ocurre.

—No tengo motivos para interrumpir a Mr. Stagg. Además estamos a fin de mes y estos documentos deben despacharse hoy mismo.

Dirigió una mirada salvadora al mensajero que venía cargado de papeles.

Lucía se llevó el pequeño pañuelo a los ojos, en un esfuerzo por contener las lágrimas, pero no pudo con los sollozos.

—Yo creo que ha pasado una tragedia...

El señor Rodríguez la miró con espanto por unos segundos, hasta levantarse bruscamente y decir con súbita decisión.

—Venga usted conmigo. Vamos a ver a Mr. Stagg.

Lucía lo siguió por el corredor y pudo ver que su firme paso aminoraba al acercarse a la puerta. Al llegar se detuvo y miró hacia atrás, con la esperanza tal vez, de un cambio de opinión. Lucía permaneció silenciosa hasta que la puerta se abrió.

Sentado en la silla giratoria de Mr. Stagg, estaba un hombre viejo, con lentes caídos sobre la nariz. Vestía color de azufre y el nudo de la corbata le colgaba a medio hacer en el pecho. La gaveta en donde Mr. Stagg guardaba sus archivos personales se veía abierta y en el escritorio se agrupaban los folios recién extraídos.

Las manos del viejo, nudosas y enormes parecían garras; la piel seca y tostada por el sol daba la idea del gringo cocinado por el trópico.

El viejo alzó los ojos azules y penetrantes, por encima de los anteojos.

—¿Qué quieren ustedes?

Habló duro, con acento de capataz extranjero.

El señor Rodríguez quedó mudo de la sorpresa. Al fin logró articular:

—¿Mr. Stagg...? ¿Dónde está Mr. Stagg?

El viejo dejó los papeles sobre la mesa, para mirar al señor Rodríguez de arriba a abajo .

—Mr. Stagg debe estar en el infierno. Cierre la puerta al salir.

Las erres le sonaban como una carreta sobre un pedregal.

El señor Rodríguez dió la vuelta y salió sin replicar. Lucía lo esperaba anhelante en la puerta.

—¿Quién es ese hombre?

—No sé —contestó Rodríguez con voz temblorosa.— No tengo la menor idea.

Lucía lo siguió en su retorno a la oficina.

—Entonces, ¿por qué registra los documentos...?

—Mire, señorita Vernon. Puede irse a casa, el resto del día. Yo mismo me hago responsable de su ausencia. Estoy seguro que mañana cuando regrese al trabajo, todo se habrá aclarado.

Sin esperar respuesta se sepultó en su oficina.

Lucía se sintió otra al día siguiente. Después de tomar sus cereales con leche y de poner en marcha el viejo Opel, oyó de nuevo cómo rechinaba la hamaca de todos días y se dejó mecer como una niña. No quiso recordar nada del día anterior; sólo deseaba ver de nuevo a Mr. Stagg y trabajar como siempre, sin preguntar siquiera quién era aquel viejo diablo que ocupó su sitio.

Al llegar a la oficina sintió reafirmar su confianza, con la llegada de los empleados a la hora justa. Subió las escalerillas y atravesó el corredor embebida por el aire de siempre. Al abrir la puerta quedó muda.

El señor Rodríguez en mangas de camisa, ocupaba la silla del Jefe; en su rostro se adivinaban las largas horas de trabajo, pero también una alegría irrefrenable. Los documentos formaban columnas a su lado, como si no hubiera dejado papel sin revisar.

El señor Rodríguez miró a la señorita Vernon con la cara sonriente y dijo con voz de todos los días.

—Pase usted Lucía, tenemos un trabajo enorme por hacer...

— F I N —